

## Relatos

## Nuestra alma

Alberto Savinio

Siruela. Traducción de César Palma  
Madrid, 1990. 124 páginas. 1.650 pesetas

**A**LBERTO Savinio, seudónimo con que firmó su obra el escritor Andrea de Chirico, hermano del famoso pintor Giorgio de Chirico, es uno de los escritores en lengua italiana más originales de su época y acaso uno de los menos conocidos. Nacido en Atenas en 1891, alternó siempre la literatura con una actividad artística que lo llevaba de la novela a la pintura, de la comedia al ensayo y a la música. Tras la infancia en su Grecia natal se traslada a Munich para completar su formación musical, y de allí a París en 1911, donde toma contacto con las vanguardias europeas. Colaborador de Picasso, Max Jacob, Cocteau, Apollinaire, su producción pertenece a esa clase de obras que circulan en los más selectos ambientes culturales, pero que nunca llega a traspasar la barrera de las minorías entendidas.

De esta situación no es responsable en absoluto el espíritu de su escritura. Al contrario, la vasta formación de Savinio no se traduce en acartonamiento culturalista, sino que le sirve para afrontar la realidad con sencillez, un registro claro y transparente apoyado siempre o casi siempre, eso sí, en innumerables referencias históricas y míticas.

Buen ejemplo de ello es «La infancia de Nivasio Dolcemare», editado también en España por Siruela, y ahora este nuevo libro, «Nuestra alma»; ambas traducciones llevadas a cabo por César Palma.

«Nuestra alma» recoge dos relatos. En el primero, del mismo nombre, se narra en clave de parodia la historia de amor entre Psique y Eros. La vuelta del mito clásico, recurso que Savinio utiliza a menudo llevado de su gusto por la ironía y el humor negro, hacen de este relato una pieza brillante y conmovedora, en muchos casos humorística y en otros trágica, a veces brutal y casi siempre aireada de ternura. Psique, que se vuelve aquí una muchacha encadenada a su destino de figura corrupta de museo humano, relata con voz propia su desesperada historia, el engaño a que se vio sometida por parte de Eros, un amante tirano y vil que jamás enseñaba su rostro. La verdad del mito contado desde dentro, que también sirve para desmascarar la realidad, pocas veces mítica y pocas veces contada con tanta gracia.

«El señor Münster» es el segundo relato. Con las mismas características de humor y sarcasmo, este relato, que podría estar a caballo entre la alegoría kafkiana y los alucinados e ingenuos personajes de Italo Calvino, cuenta la experiencia de un hombre que asiste al espectáculo de su propia muerte. Es la jornada indescriptible del ingreso en la muerte de un hombre que ve cómo los demás reaccionan ante su degeneración.

Los ambientes de familia, la mentalidad provinciana, los personajes desvalidos y sorprendidos ante la complejidad de las relaciones humanas, todo ello mezclado con un interés de fondo sobre los grandes temas metafísicos, dan encanto y lucidez a los relatos de Alberto Savinio. La mezcla de trascendencia y cotidianidad, de abstracción y vulgaridad, de sencillez y referencias culturales hacen de Savinio un escritor moderno, sabio, divertidísimo en muchas ocasiones, y siempre interesante.

Luisa CASTRO

## Novela

## El bastardo recalcitrante

Tom Sharpe

Traducción de Mónica Martín Berdagué. Anagrama. Barcelona, 1990. 352 páginas. 1.600 pesetas

**T**OM Sharpe lleva años arrastrándonos por el túnel de la risa, conspicuo en la fabulación del enredo cómico. En el abismo de su torpeza o de su timidez, los héroes de Sharpe se saben en algún modo creados por la carcajada, en versión sin pretensiones de lo que el filósofo llamó mirada ajena. No se trata tan sólo de que nos tengamos que reír de un tipo que pisó una piel de plátano; en realidad, las novelas de Sharpe, en sus mejores páginas, tienen por techo a Evelyn Waugh y en sus peores momentos se asemejan al tobogán forrado de materiales tan aviesos como la envoltura del plátano, con unos fieles lectores que ríen oportuna-

mente. Así es como Lockhart Flawse salta en paracaídas, sin saber qué le va a ofrecer la vida en un mundo exterior que nada tiene que ver con su bastardía ni con su abuelo. Nada sabe del mundo ni de la carne. Es un perfecto candidato a la desgracia. Como Cándido, debiera conocer todos los infortunios posibles, pero Sharpe ha invertido los términos y Lockhart gana todos los premios de fin de curso.

Un abuelo arquetípico y un crucero con señoras cazanovios traman el casto connubio de Lockhart y Jessica. Son como Dafnis y Cloe, sin que ningún médico del lugar logre convencerlos de que no está de más consumir el matrimonio. Para complimentar los necesarios efectos simétricos de la comedia, el abuelo Flawse se casa también con la madre de Jessica. Líos de testamentos y de inquilinos que se resisten al desahucio rellenan algunos tramos de «El bastardo recalcitrante», no siempre dotados del efecto sorpresa, al que Sharpe nos había acostumbrado. Sharpe desempolva algunos recursos cómicos y logra atenuar su propia rutina con la inadecuación de Lockhart ante el IVA, la evasión fiscal, los controles del Estado-providencia o las nimiedades de la moral. Lo que importa es sobrevivir, y de eso pronto sabrá mucho.

La drástica ejecución de una novelista —Genevieve Goldring— con pretensiones literarias tiene todo el sabor de aquellas venganzas que se toman en frío, por sorpresa, con gran deleite. Mientras tanto, los trabajos de Lockhart logran que los inquilinos de Sandicott Crescent vayan largándose con cierta truculencia. Según los antecedentes del prototipo, un hijo bastardo raramente consiguió tanta inocencia y tanta efectividad al mismo tiempo.

En un nuevo Blandings sin tanto personal de servicio, los personajes de «El bastardo recalcitrante» podrán apreciar las calidades del oro ley, evadiendo todos los impuestos

«El bastardo recalcitrante» es la prueba de que un novelista tan prolífico como Sharpe no tiene el deber de acertar siempre, pero también deja claro que quien tuvo, retuvo»

que se presenten. Wilt no ha tenido tanta suerte. En la contemporaneidad de su absurdo, Wilt padece escenas mucho más vividas que Lockhart Flawse. La culpa, una vez más, es de la obcecación con que la vida se empeña en devastar todo vestigio de inocencia. «El bastardo recalcitrante» es la prueba de que un novelista tan prolífico como Sharpe no tiene el deber de acertar siempre, pero deja claro que quien tuvo, retuvo, en novelas con garantía de carcajada o en historias más errabundas donde los hijos de padre desconocido triunfan y los policías tienen el aire de vieja comparsa en una película de Jaimito.

Valenti PUIG



mente, como en esas series de televisión filmadas ante un público que llega hasta la risotada para celebrar cada «gag».

Es en los escenarios donde la comedia —más allá de su efecto inmediato— puede mostrarse como forma superior o como un ir y venir de maridos engañados, señoras casquivanas y amantes cínicos que entran y salen por las numerosas puertas del decorado equivocándose casi siempre de alcoba. Ambas incitaciones a la risa tienen su mérito y, sin duda, algunos preferiríamos un buen vodevil a muchas obras de tesis, pero nunca está de más señalar las distancias que puedan separar a Molière de Feydeau. Lo mismo ocurre en las novelas, aunque tal vez con mayor complejidad de los efectismos: entre las aventuras de Pickwick y cualquier conjura de los necios se da una gama espléndida de variantes. Las novelas de Tom Sharpe se sitúan precisamente en terreno fronterizo, entre la batalla de tartas de nata y alguna escena exacta como un guiño de Lubitsch.

No hace falta enumerar los méritos de Tom Sharpe antes de decir que «El bastardo recalcitrante» (1978) no es uno de sus momentos más afortunados. Las discrepancias entre la vida moderna y una educación basada en métodos de otra época puede dejar al protagonista en manos del absurdo. No faltan los antecedentes en la historia de la Literatura. En vertiente mecanicista del humor, su semejanza con el efecto inmediato de la cosquilla no siempre actúa plenamente.

«El bastardo recalcitrante» hace reír, y con eso bastaría para ponerle un par de asteris-